

Rebecca Tamás Extraños

Ensayos sobre lo humano
y lo no humano

Traducción

Álex Gibert

Título de la edición original:
Strangers. Essays on the Human and Nonhuman
Makina Books
Londres, 2020

Primera edición: septiembre 2021

Diseño de la colección: lookatcia.com

© De la traducción, Álex Gibert, 2021

© Rebecca Tamás, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2021

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1654-9

Depósito Legal: B. 10391-2021

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

1. De la sandía

Cuando Adán araba y Eva tejía, ¿quién era entonces el caballero?

JOHN BALL, *uno de los líderes de la Revuelta de los Campesinos* (Inglaterra, 1381)

A primeros de abril de 1649, un grupo de disidentes políticos que se hacían llamar los «Verdaderos Niveladores» (para distinguirse de los «Niveladores» a secas, un grupo alternativo y no tan radical), fundó una colonia en St. George's Hill, cerca de Cobham, en Surrey. Allí comenzaron a cultivar y sembrar los campos con «pastinacas y safanorias y fréjol»¹ y a poner en práctica, en su misma esencia, una de las ideas centrales del movimiento: la de la tie-

rra como «erario común, sin acepción de personas». Los apodaron «los Cavadores» y con ese mote han pasado a la posteridad.

Cuando los Cavadores emprendieron el cultivo de aquella tierra comunal, en 1649, habían pasado siete años desde el comienzo de la guerra civil inglesa y dos meses desde la decapitación del rey, Carlos I. Eran tiempos turbulentos, revolucionarios. Apenas dos años antes, en los debates de Putney, la plebe y la nobleza habían llegado a plantear propuestas tan peregrinas como la representación política o el sufragio universal. La escisión del país, que se encontraba entonces completamente dividido, no era solo política sino también religiosa. Cada facción cargaba con la inmensa responsabilidad de llevar a cabo los planes que Dios había trazado para Inglaterra, y eran muchos los que soñaban con instituir en la tierra el reino de justicia absoluta que daría lugar al segundo advenimiento.

Como explica el historiador Daniel Johnson:

Los Cavadores cultivaban las dehesas y los yermos de Inglaterra de forma colectiva y desvincularon su labor del comercio, despojando así las relaciones sociales de su valor

mercantil e instituyendo una nueva relación con la tierra. El experimento se saldó con tan buenos resultados que las gentes del campo se negaron a continuar trabajando a jornal y se afanaron en crear asociaciones libres entre mancomunidades, de corte comunista, tanto en Inglaterra como en el resto del mundo. Al «laborar la tierra unidos y en derechura», los Verdaderos Niveladores se proponían «librar a la creación del yugo de la propiedad civil que la tiene sometida».²

Los Cavadores aprovecharon la oportunidad que les brindaban aquellos tiempos tumultuosos para establecer una suerte de comunismo cristiano que habría de poner fin al trabajo asalariado, la jerarquía de clases, la desigualdad económica, la propiedad privada, la hegemonía de los terratenientes y el cercamiento de las tierras comunales, que había dejado a buena parte del campesinado en la indigencia. Para lograrlo era preciso implantar el cultivo comunitario de la tierra, que enmendaría a un tiempo la explotación de la tierra y la de la humanidad. En *The True Levellers Standard Advanced*, publicado en abril de 1649, Winstanley exponía muchas de estas ideas:

Rompe al punto las cadenas de la propiedad particular, repudia el crimen, la tiranía y el robo que deriva de la compraventa de tierras, las posesiones de los terratenientes y el pago de las rentas, y consiente libremente en hacer de la tierra un erario común sin mácula [...] para que todos puedan gozar del beneficio de su creación.

[...] Tu madre es la tierra, que nos ha engendrado a todos y, como buena madre que es, ama a todas sus criaturas por igual. No impidas pues que la madre tierra amamante a su prole, no la cerques ni la pongas en manos de particulares. No mantengas en pie, con tu sudor, las malditas cercas que te esclavizan.

[...] La propiedad y el interés particular dividen a las gentes de una misma tierra y del mundo entero, y por doquier son motivo de guerras, disputas y derramamientos de sangre.³

Con aquel revolucionario sistema de cooperación, los Cavadores se proponían instaurar una nueva forma de vida basada en la comunidad de lo humano y lo no humano: su visión era la de una sociedad radicalmente comunitaria y centrada en la tierra, más de

doscientos años antes de que Marx y Engels publicaran su *Manifiesto comunista*.

Los Cavadores no apoyaban el sufragio femenino, pero para los tiempos que corrían eran sorprendentemente innovadores en materia de igualdad de géneros, clases y rangos. En *La ley de la libertad*, Winstanley escribe:

Cada hombre y cada mujer tendrá la libertad de contraer matrimonio con quien ame [...] y ni la cuna ni la dote podrán impedir su unión, pues la humanidad entera comparte la misma sangre; en lo que atañe a la dote, esta aguardará a cada hombre y cada mujer en los almacenes comunitarios.

Si un hombre yace con una doncella y engendra un hijo, se unirá a ella en matrimonio.⁴

Por lúcidos y adelantados que fueran sus ideales, los Cavadores no pudieron cultivar la tierra comunal de St. George Hill más que cuatro meses. Los expulsaron de allí los militares y los terratenientes y dirigentes locales, que no comulgaban con tan radicales iniciativas. Se trasladaron entonces a Little Heath, pero después de enfrentarse a un sinfín de pleitos y

acusaciones de desorden público, invasión de la propiedad privada, asamblea ilegal y construcción ilícita de viviendas, los Cavadores abandonaron aquel segundo asentamiento en el verano de 1650. A pesar de la corta vida de su empresa y el revuelo que causaron muchos otros grupos revolucionarios de la época, se conserva de ellos un vivo recuerdo. Cada año se celebra en Wigan una «fiesta de los Cavadores» y los colectivos de izquierdas los tienen aún en mucha estima: el nombre de Winstanley figura en el obelisco de Lenin, erigido en 1918 en honor de los «grandes pensadores revolucionarios». Su corriente de pensamiento ha tenido continuidad en el ecologismo y las políticas verdes, entre cuyos militantes los Cavadores son hoy más populares que nunca. ¿Por qué?

Winstanley, que había fundado el movimiento de los Cavadores inspirado por una voz «divina», consideraba que Inglaterra era un país condenado. La caída se remontaba a la invasión de 1066 y el comienzo del «yugo normando», cuando la desigualdad se había adueñado del país. Como explica el escritor y erudito Ed Simon:

Winstanley entendía las tierras comunales como un derecho inglés fundamental que había sido violado al desarrollar sistemas de privatización que cercaban y dividían campos que antaño habían sido colectivos y ahora pertenecían a particulares y familias de la aristocracia. Estas medidas habían provocado, desde finales del siglo xv, un aumento paulatino de la desigualdad, que a menudo impedía a los pobres sin tierra acceder a los campos para apacentar a sus reses. La política de los Cavadores tenía un evidente cariz ecologista; Winstanley afirmaba, de hecho, que «la auténtica libertad se halla donde el hombre encuentra su alimento y su resguardo, que es en el uso de la tierra».⁵

Sin embargo, la mera idea de restablecer en el país el régimen de igualdad «prenormando» no satisfacía por entero a Winstanley, que se proponía devolver Inglaterra a su estado de devoción y pureza previo a «la Caída». Como escribía al comandante Fairfax y su consejo de guerra en una carta de junio de 1649:

La reforma que Inglaterra debe hoy acometer no puede limitarse a liberar el país del yugo

normando y devolvernos las leyes que nos gobernaban antes de que llegara Guillermo el Conquistador [...] sino [...] que debe hacerlo de acuerdo con la palabra de Dios, que es la misma ley de la justicia anterior a la Caída.⁶

A juicio de Winstanley, ese estado solo podría alcanzarse cuando hombres y mujeres fueran libres de usar la tierra y sus recursos de forma igualitaria, sin someterse a ningún monarca o terrateniente. En *Fire in the Bush*, de 1650, escribe:

Mientras la tierra esté vallada y en manos de particulares y esa propiedad se defiende con la espada [...] la creación entera vivirá esclavizada.⁷

Sabemos que la situación climática es alarmante debido a las emisiones de carbono, y sabemos que la biodiversidad, los hábitats no humanos y nuestra supervivencia se hallan en grave peligro. Sabemos además que la sociedad occidental perpetúa la desigualdad y la explotación y que, en el Reino Unido, la brecha entre ricos y pobres se ensancha por momentos. Pero salta a la vista que ambas formas

de concienciación son, de hecho, una y la misma. El capitalismo occidental, sucesor del protocapitalismo de la era de los Cavadores, con sus tierras cercadas y sus desigualdades salariales, es la causa oculta detrás de cada incendio forestal, de cada ola de calor, de cada especie extinguida. Por eso se proyecta aún sobre nuestras discusiones políticas y medioambientales la sombra de los Cavadores, débil eco del mundo que pudo haber sido y que tal vez aún podría ser. Si algo nos enseñan los Cavadores es que no hay tantos problemas concomitantes que sopesar si uno piensa en la crueldad voraz de la crisis ecológica capitalista, en la destrucción de los ecosistemas del tercer mundo causada por las emisiones de Occidente, en la incapacidad de los gobiernos para tomar medidas efectivas, en el auge del fascismo, en la ignorancia de la realidad no humana y el derecho de lo no humano a existir, en las migraciones forzadas por las sequías y el aumento de las temperaturas, en la desaparición de las especies. Hay un tema que, a mi entender, abarca y refleja todas estas preocupaciones: *la igualdad*.

La igualdad pasa por otorgar idénticas oportunidades y libertades a personas de cualquier

raza, nacionalidad, sexo, orientación sexual, constitución, edad y procedencia. Pero también podría ampliarse a un concepto más radical de igualdad que englobe lo no humano, los animales y seres de toda índole, los árboles, los ríos. Los Cavadores no concebían la igualdad de un modo tan «rotundo» y revolucionario, pero sí sabían que la explotación de la tierra y la de la gente van siempre de la mano. Si el mundo fuera igualitario de veras, los países occidentales sufragarían la reconstrucción de los hogares de la población india del delta de Sunderbans, asolado por las inundaciones; ayudarían a las familias de los campesinos iraníes que mueren trabajando en el campo a 45 grados durante las constantes olas de calor estivales, e indemnizarían a los inmigrantes de Oriente Próximo cuyas tierras de pastoreo han sucumbido a la desertificación. Los activistas son conscientes de que la desigualdad humana y la desigualdad medioambiental son dos caras de la misma moneda. Esa es la razón por la que en 2016 varios miembros del movimiento Black Lives Matter UK interrumpieron el tráfico del aeropuerto de London City encadenándose a una pista de aterrizaje. Black Lives Matter justificaba la protesta en estos términos:

La crisis climática es una crisis racista. Siete de los diez países más perjudicados por el cambio climático se encuentran en el África subsahariana. El Reino Unido es el país con la mayor contribución per cápita al calentamiento global y uno de los menos vulnerables a sus consecuencias. Se estima que en 2050 habrá doscientos millones de refugiados climáticos.

El salario medio anual de un pasajero del aeropuerto de London City es de 114.000 libras. [...] Es un aeropuerto concebido para los ricos. Pero el 40% de la población de Newham* lucha por seguir a flote con unos ingresos anuales de 20.000 libras o menos. En 2050 habrá en el mundo doscientos millones de refugiados climáticos. Mientras una reducida élite puede permitirse volar desde el aeropuerto de London City, durante el año 2016 murieron o se dieron por desaparecidos en el Mediterráneo 3.176 inmigrantes que huían de unas condiciones de vida que no han creado, porque otras vías de acceso más sencillas y, sobre todo, más seguras habían sido bloquea-

* Municipio donde se encuentra el aeropuerto de London City. (N. del T.)

das por el Reino Unido y otros países europeos. En esta crisis climática racista, la población negra es la primera en morir y la última en volar. Reduzcamos las emisiones. Abramos las fronteras.⁸

En 2019, las polémicas del siglo XVII y sus luchas monárquicas y parlamentarias son cosas de otro planeta. Sin embargo, quienes luchaban entonces por la igualdad se asemejan mucho a los activistas de Black Lives Matter. En un mundo capitalista y presuntamente poscolonial, el racismo es un problema ligado a la opresión social y a la destrucción del planeta. La protesta de BLMUK nos recuerda que los pueblos de países en vías de desarrollo, marginados y explotados durante tanto tiempo por potencias occidentales en nombre de la raza, el imperialismo y los prejuicios, padecen trastornos medioambientales que son el legado de esa misma explotación. Es algo particularmente notorio en el caso de la Amazonia bajo el pernicioso régimen de Bolsonaro, cuyo capitalismo depredador está a punto de acabar con los pulmones del mundo, junto con los hogares y las vidas de los pueblos indígenas amazónicos de Brasil. Mientras se contamina y

destruye la tierra, la selva y todo ese mundo no humano, otro tanto les sucede a los hogares y medios de subsistencia de comunidades autóctonas que no han tenido arte ni parte en la crisis medioambiental que ahora les toca padecer.

Y es crucial recordar que estas gentes de color no solo sufren *hoy* y sufrirán mañana el colapso climático que Occidente ha provocado: llevan sufriendo esta clase de explotación ecológica desde hace mucho, muchísimo tiempo. En *A Billion Black Anthropocenes or None*, la científica Kathryn Yusoff cuestiona la idea del Antropoceno (cambio geológico causado por la actividad humana) como una época que arranca en los albores de la industrialización. Yusoff aduce que:

Las nuevas formas de producción y acumulación material de la Revolución Industrial están vinculadas y dependen de sus formas preproductivas, del esclavismo y su organización de la propiedad del ser humano como fuente de energía extraíble [...]. En el registro contable de la inversión y materialización de la industria y el imperio se oculta una entrada histórica de la que no queda constancia, esca-

moteada en la propia sintaxis de la esclavitud, que prefigura y reinscribe el conjunto de relaciones de la globalización del capital.⁹

El repentino aumento de las emisiones de carbono que «inaugura» el Antropoceno y que puede apreciarse a comienzos de la Revolución Industrial en Gran Bretaña y, más tarde, en otras potencias occidentales no empezó cuando las fábricas y las minas se pusieron a escupir humo. Había comenzado antes, con el trabajo forzado de los esclavos, cuya labor invisible produjo la riqueza que posibilitaría el proceso de industrialización posterior.

Como señala Yusoff:

Podría parecer que el Antropoceno nos plantea un futuro distópico en el que la humanidad llora por el fin del mundo, pero el imperialismo y los colonialismos (de asentamiento) que siguen en pie no han dejado de finiquitar mundos desde sus inicios.¹⁰

La desigualdad asociada al colapso climático se inscribe en una larga historia de desigualdades fomentadas por la élite económica, blanca y occidental en perjuicio de otros pueblos que

carecen de los recursos necesarios para defenderse. Ya se vio durante las protestas de 2016 contra el oleoducto de Dakota, en EE. UU., que amenazaba con contaminar el río Missouri. Los sioux y otros pueblos indígenas de Standing Rock consideraban que el oleoducto era un peligro para las aguas de la región y para los cementerios donde reposaban sus ancestros. Con la ayuda de colectivos afines y otros grupos ecologistas indígenas, los nativos manifestaron su rechazo al oleoducto interponiendo sus cuerpos entre los obreros y la tierra. Levantaron un campamento en Standing Rock para generar resistencia material y espiritual contra el oleoducto y hacer un llamamiento en favor de la soberanía nativa. Tuvieron que hacer frente a las fauces de los perros policía, a los cañones de agua a temperaturas glaciales y a la brutalidad de policías y soldados armados. LaDonna Brave Bull Allard, responsable de la preservación histórica de Standing Rock, declaraba al hilo de las protestas:

El gobierno estadounidense está arrasando con nuestros territorios culturales y espirituales más importantes. Y al borrar del mundo nuestras huellas, nos borra a nosotros

como pueblo. Si estos emplazamientos no se protegen, nuestro mundo llegará a su fin. Es así de sencillo. Nuestros jóvenes tienen derecho a saber quiénes son. Tienen derecho a una lengua, a una cultura, a una tradición. Y para aprender todo eso necesitan conectar con nuestra tierra y nuestra historia.

Si permitimos que una petrolera excave y destruya nuestra historia y nuestros antepasados, el corazón y el alma de nuestro pueblo, ¿no estaremos tolerando un genocidio?¹¹

La presidenta tribal Judith Bender insistía:

Como pueblo asentado en Norteamérica desde hace miles de años, nos preocupa el deterioro ecológico de la tierra y el agua potable. [...] En particular, nos preocupan los daños considerables que podrían sufrir los acuíferos de Iowa. Basta con que alguien cometa un error para que la vida en Iowa cambie durante los próximos milenios. Creemos que habría que protegerlos, porque el agua es lo que hace de Iowa un buen lugar para vivir.¹²

A pesar de la insistencia y los esfuerzos de los manifestantes indígenas, el 23 de febrero

de 2017 la Guardia Nacional estadounidense evacuó el campamento de protesta. El oleoducto se terminó en abril y realizó el primer suministro de petróleo el 14 de mayo de 2017. El pueblo nativo norteamericano, históricamente oprimido y falto de recursos y de apoyo político y económico, fue, pese a su ímprobo esfuerzo, incapaz de detener la construcción de un oleoducto con un alto potencial contaminante que cruzaba sus tierras sagradas. La desigualdad humana y racial del imperialismo y el genocidio se traducían finalmente en una desigualdad pareja en la experiencia que ese pueblo tiene del entorno y de su lugar en él.

Al analizar la opresión imperialista en su libro *Los condenados de la tierra*, Frantz Fanon afirma:

La riqueza no es fruto del trabajo sino el resultado de un saqueo organizado y protegido.¹³

En Standing Rock, la petrolera le arrebató su riqueza al pueblo indígena de la nación sioux.

Como razonaba Winstanley en su *Declaration from the Poor Oppressed People of England*

Directed to all that Call Themselves or are Called Lords of Manors, de 1649:

[...] la Tierra se hizo para nosotros, como para vosotros: y si la tierra común nos pertenece a nosotros, los pobres y los oprimidos, es indudable que los bosques que crecen en las zonas comunales también nos pertenecen.¹⁴

La igualdad pasaría por ceder a los pueblos nativos americanos el control sobre sus aguas y dejar que los habitantes indígenas de Brasil conservaran sus hogares, en lugar de entregar sus selvas a la industria maderera. Esa misma igualdad mantendría a salvo la fauna fluvial y permitiría además que los árboles captaran el dióxido de carbono. Cuando las mujeres de todo el mundo puedan abortar y recurrir a métodos anticonceptivos, decidir lo que hacen con sus propios cuerpos y determinar el curso de sus vidas, las tasas de natalidad caerán y se reducirá el lastre que la humanidad supone para la naturaleza. Esta clase de igualdad podrá tacharse de «utópica», pero se ajusta perfectamente a la realidad. Todo lo que fomenta la igualdad entre los seres humanos contribuye también, en términos generales, a la igualdad

y supervivencia de infinidad de seres no humanos que no pueden defenderse con el uso de la palabra pero que también viven y, por tanto, tienen derecho a la vida. Es una verdad de Perogrullo, pero se diría que es preciso recalcarla.

En su libro *Realismo capitalista. ¿Hay alternativa?*, Mark Fisher cita una frase que atribuye a Slavoj Žižek y Frederic Jameson: «Es más fácil imaginar el fin del mundo que imaginar el fin del capitalismo.» Con todo, como aduce Fisher:

[...] la política emancipatoria debe destruir la apariencia de todo «orden natural», revelar que lo que se nos ha presentado como necesario e inevitable no es sino mera contingencia y que lo que hasta ahora se consideraba imposible es hacedero.¹⁵

No es que la igualdad entre lo humano y lo no humano sea un ideal nuevo o insólito, sino que la posibilidad de llevarlo a la práctica en nuestra vida cotidiana parece del todo inverosímil. La captación del carbono, el «*hacking*» meteorológico, el desarrollo de la energía nuclear y la colonización de otros planetas son

hoy temas de conversación habituales. Este tipo de ideas peregrinas, peligrosas y/o demenciales ocupan más espacio mediático en el mundo occidental que cualquier propuesta de auténtico ecosocialismo o verdadera equidad medioambiental. Son muchos los que coinciden en que la desigualdad de recursos y poder que fomenta el capitalismo es *literalmente incompatible con la supervivencia del planeta*, pero nadie parece dispuesto a imaginar siquiera el fin del capitalismo.

En un famoso discurso pronunciado durante la entrega de los National Book Awards de 2014, la ecologista y escritora de ciencia ficción Ursula K. Le Guin dijo:

Vivimos en el capitalismo y su poder nos parece inexorable, pero también nos lo parecía en otro tiempo el derecho divino de los reyes.¹⁶

En 1649, el mismo año que los Cavadores se instalaron en St. George's Hill, el rey Carlos I fue ejecutado en Whitehall. Para el pueblo inglés –como, de hecho, para la mayor parte de los pueblos europeos– el derecho divino del rey constituía hasta entonces la única forma

de gobierno aconsejable o *concebible*. Tras la muerte del rey Carlos surgió de pronto la posibilidad de un sinfín de nuevas formas de existencia no fijadas de antemano. Ni siquiera la incapacidad de Cromwell para gobernar con acierto y justicia ni la posterior restauración de la monarquía inglesa en 1660 lograron arrebatarse al pueblo aquella posibilidad que había osado imaginar: la de un mundo sin reyes. Y ese mundo volvería a hacerse realidad en 1789, en Francia.

Los Cavadores no lograron crear en Inglaterra una nueva comunidad basada en la igualdad medioambiental. Fracasaron, como lo habían hecho los labriegos del siglo XIV que lucharon por la libertad durante la Revuelta de los Campesinos. Pero sí cambiaron los parámetros de lo concebible y nos dejaron un legado de posibilidades a las que cabe recurrir para ampliar nuestras perspectivas.

En sus *Tesis de filosofía de la historia*, Walter Benjamin escribe:

Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo «tal y como fue verdaderamente». Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en un momento de peli-

gro. [...] El único historiador capaz de encender en lo pasado la chispa de la esperanza es el que está convencido de lo siguiente: tampoco los muertos estarán seguros ante el enemigo, si este sale victorioso. Y es un enemigo que hasta la fecha cuenta sus batallas por victorias.¹⁷

Benjamin está en lo cierto: no podemos saber cómo «fue verdaderamente» la historia de los Cavadores; ni si, de haber dado fruto, sus ideas profundamente cristianas –y, por fuerza, un tanto antropocéntricas– habrían dado lugar a un mundo exento de desigualdades endémicas, racismos abusivos o crisis climáticas. Pero sí podemos saber que aquellas luchas pasadas, tan semejantes a las actuales de quienes tratan de proteger sus tierras y sus libertades, serán aplastadas por el presente si no las reavivamos.

Como apunta Benjamin en el mismo ensayo:

La tradición de los oprimidos nos enseña que el «estado de emergencia» en que vivimos no es la excepción sino la regla. Hemos de llegar a un concepto de la historia que se avenga con esta idea.¹⁸